



BAILE DE LOS INDIOS YAGUAS.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

Estos indios son muy hermosos; se pintan todo el cuerpo de color encarnado subido, y llevan en el cuello muchos collares blancos. En el rostro se dibujan figuras caprichosas, conservan la cabeza enteramente afeitada, y solo dejan un mechón de pelo largo en la parte frontal. Adórnase generalmente con hojas de palmera, y también con una especie de red alrededor del cráneo, y á la cual sujetan cierto número de plumas de aves. Cuando van á oír misa, la mayor parte de ellos se presenta en camisa, sin pantalón, con la cara cubierta de plumas y el cuerpo pintado, según queda espresado.

Cuando llega un extranjero á Pébas, los indios le dan la bienvenida con una representación de sus bailes. Grupos de ocho á diez individuos, entre hombres y mugeres, se agarran por los hombros, forman un círculo y bailan, llevando con la mayor exactitud el compás: después de esto aparece una comparsa de jóvenes de ambos sexos, saltando del mismo modo, y se termina la representación con la mascarada que figura el grabado que ofrecemos. Bailarines y bailarinas llevan en la cabeza, por el estilo de nuestros antiguos penitentes, un saco que les baja hasta la cintura, con dos agujeros para los ojos y otro para la boca, en la cual meten una hoja, que les sirve para silbar, como si fuese un pito. Unen á dicho saco muchas hojas de palmera, con cuyo auxilio ocultan casi enteramente el cuerpo. Por lo regular consisten sus danzas en dar muchas vueltas agarrados de las manos, saltando, cabriolando y silbando sus canciones favoritas.

## LOS PASEOS DE LA CORTE.

### II.

Hénos aquí otra vez á vueltas, como suele decirse, con los paseos y con los paseantes. ¡Qué dirán de nosotros los entusiastas cortesanos y hasta los provincianos, mas fanáticos todavía que aquellos cuando les da por elogiar y defender á la joya del Manzanares, al ver que vamos á criticar, nada menos que los verjeles de este heroico pueblo, que no por ser muy heroico deja de ser muy escéntrico y raro en algunas cosas! ¡Digo! ¡Los paseos nada menos! ¡El núcleo de la elegancia, del buen gusto y de la moda! ¡No hay remedio! fulminan contra nosotros su anatema, y ¡ay de nuestras espaldas! ¡Pero cómo ha de ser! Ya que nos hemos puesto á criticar de los paseos, y toda vez que nos hemos ensañado contra el proveyto y honrado padre de familia, solo por ser *ramplon*, justo es que le llegue su turno al pedantuelo necio, y á la emperejilada coqueta, que dicho sea con verdad, merecen un varapalo, mucho mas justificado que no aquel, por lo mismo que debiera blasonar de gustos mas delicados y esquisitos.

Esto supuesto, empezamos, no la critica, sino la descripción exacta del paseo de la gente de buen tono, y que al que le parezca exagerado el cuadro, lo retoque como quiera y pueda; á nosotros no nos importa

28 DE NOVIEMBRE DE 1852.



un pito; pero ante todas cosas, y ya que no se ha fijado todavía por la gente *comme il faut*, el lugar ó sitio donde ha de reunirse la elegancia este invierno, en razon á estar entrando aun esta estacion, suplicamos á nuestros lectores se trasladen con nosotros por un momento á cualquiera de los paseos que mas han merecido los honores de la concurrencia en estos últimos tiempos, toda vez que es lo mismo este ó aquel para el fin que nos proponemos. Trasládemonos pues al de Atocha.

Apenas habian sonado las cuatro de la tarde, porque es de advertir que aun cuando se trata de un paseo de invierno, y la gente debiera salir á tomar el sol, y no el *gris*, que ya empieza á correr á esta hora, sin embargo es una exigencia del buen tono, de la que no es posible prescindir, y es preciso helarse, porque así lo quiere el gran mundo, como tambien quiere que no se vaya al teatro hasta después de empezada la funcion, por interesante que sea la pieza que se ejecute; pero si quiere que entonces entre V. tosiendo, escupiéndolo, dando taconazos, distrayendo al actor, quizá en la mejor escena, incomodando á todo el mundo, y últimamente, poniéndose en evidencia. Como no exige menos tampoco que use V. un frac cada ocho dias, que charole V. sus botas, aunque con este trato no le duren una semana; como quiere asimismo que se peine V. el pelo á tenacilla, por mas que vea V. á su pobre cabello desertar pelo á pelo de su infeliz cabeza, que si hablara pediria á grito herido misericordia, y castigo contra semejante crueldad; como quiere que al salir de la tertulia ó el teatro, asa V. de su brazo á una mamá vieja y cócora, que en el tránsito le relata á V. integra la historia de sus primeros amores, ó bien se empeña en demostrarle que la comedia del dia es insulsa, inmoral y perniciososa, al contrario de lo que sucedia en sus tiempos, y le cita á V. para probarsele *El Triunfo del Ave Maria*, ú otra por el estilo; como exige, en fin, otras muchas cosas, que seria imposible enumerar, y que todas ellas, y cada una, no tienden á otra cosa que á martirizarlo á uno, atacando continua y directamente la voluntad, el bolsillo, y no pocas la salud, y haciendo por último de un hombre un manequi, á quien manea á su capricho y antojo. Y cuenta que deje V. de practicar todo esto, porque entonces no solo no es V. elegante, sino que se espone á caer en un espantoso ridículo, cuando no en un solemne desprecio, y aun tendrán á menos el tratarse con V.; pero dejémoslos de digresiones y vengamos á nuestro asunto.

Habian apenas sonado, decíamos, las cuatro de la tarde, cuando una inmensa multitud de todos sexos y edades empezaba á descender pausadamente por las hermosas calles de Alcalá y Carrera de San Gerónimo, en direccion del célebre paseo de Atocha; y á la verdad, no sabemos á qué atribuir la celebridad de dicho paseo, ni hemos podido explicarnos el por qué fué preferido al salon del Prado, mucho mayor, mas diáfano y ventilado, á no ser que esta preferencia fuera debida á la facilidad de poder adquirir allí, mejor que en otra parte cualquiera, un batallon de los innumerables de *migagilas de pan con patas*, y otras *menudencias*, que en columnas cerradas pululan por do quiera en aquel sitio, merced al continuo esquilero de la gente miserable, que tiene asentados sus reales continuamente sobre la izquierda, en el *Altítillo*. En ese caso, nosotros le concedemos, no solo el dictado de célebre, sino tambien el de único en su especie, porque con dificultad habrá en Madrid otro sitio que dispute al Altítillo los honores de cuartel general de tanto ejército beligerante de estos animalitos. Si á esto se agrega el cuartel de Inválidos, cuyos infelices moradores no presentan todo el golpe de vista mas agradable posible, de una parte, y por otra el Hospital General, de cuyas emanaciones melfíticas é insalubres, debe participar naturalmente aquel lugar; tendremos, en conclusion, que el tal paseo es lo menos ameno y menos digno de apellidarse así que darse puede.

¡Hé aquí una verdadera rareza del mundo elegante! ¡Qué! ¡si el mundo elegante tiene á veces unas extravagancias! por eso, y por lo que se susurra sobre abrir una comunicacion para los carruajes en la presente temporada, y porque es muy fácil que recaiga en la misma debilidad, les dirigimos estas líneas; pero ¡cómo ha de ser! si él lo dispone será preciso respetar esta nueva rareza como otras muchas, y por tanto, será preciso ir á Atocha.

Vamos á ver ahora, puesto que lo conocemos, cómo se está allí, prescindiendo del viaje, que á fé no es poco prescindir. En primer lugar entramos en el paseo, es decir, si es posible. Cualquiera diria que no ve en esto la menor dificultad; sin embargo, no es tan practicable como parece á primera vista, porque en una alameda de árboles, que aunque larga, quizá no tenga doce piés de latitud, y á la cual concurre todo Madrid, no es extraño, repetimos, que sea, si no imposible, algo difícil por lo menos. Pero en fin, ello es que á fuerza de soportar codazos y hasta coces, consigue uno penetrar por medio de aquella multitud, siempre que se deje llevar muy poco á poco del impulso de la masa general, sin que le sea á uno dado tomar esta ó la otra direccion, sino seguir siempre la misma que llevan los demás. Bien puede V. ver al Espíritu Santo humanizado del lado opuesto al

que V. va, que venga á traerle la salvacion, aunque lá lleve en la mano, que por mas esfuerzos que V. haga para atravesar y hablarle, serán completamente inútiles, y después de haberse espuesto á dejar enredados sus ojos entre doce ó trece pares de aguzadas ballenas de otras tantas sombrillas, tendrá que renunciar á obtenerla por aquel dia, ó á quedarse sin ella, como me quedé yo sin abuelo.

Allí el vate, el artista, el médico, el empleado, el título de Castilla, la modista, el sastre, y cuantas clases tienen hoy *altas miras sociales* ó *ideas grandes*, usando el lenguaje de la época, todas se encuentran confundidas. Si la maledicencia y ruin envidia no tuvieran asentado su trono allí, como en todas partes, el paseo de buen tono de la corte seria el tipo perfecto de la única república posible sobre la tierra.

A la derecha, una señorita melindrosa y asustadiza pondera al galante caballero que la acompaña, la *susceptibilidad y continua crispatura de sus nervios*, esforzándose en hacer gestos y figuras, y acompañando la accion á la palabra en tales términos que mas bien que muger parece una muñeca de resortes; á la izquierda dos ó tres fatuos tararean, en coro, un aire de *Los Lombardos*, del *Moisés*, ó de *La Norma*; detrás, cuatro ó cinco tahures del garito ambulante, llamado *Bolsa* por mal nombre, proyectan entre si el modo de desplumar á algun honrado padre de familia, que, alucinado y sin saber el terreno que pisa, viene á la capital muy confiado en hacer su fortuna en cuatro dias; delante media docena de *polluelos*; con el cascarrón todavía, y colocados en orden de patrullas, hacen alarde de sus *calaveradas* y conquistas, charlando á grito herido, con el objeto de lucir sus gracias y de ser aplaudidos por los mas próximos. Quién cuenta cómo y cuándo ha muerto en desafío á cuatro ó cinco rivales por lo menos: quién blasona de fuerte en las conquistas, hasta el extremo de no encontrar muger que se le resista, ni marido de que no se haya burlado; cuál se vanagloria de su irresistible seducción para con las solteras, y refiere, para probarlo, la historia de un drama patibulario, en el cual hay un rapto, por de contado, y se confiesa el mismo el protagonista; este monta á caballo como nadie; á aquel no hay quien le iguale en el difícil arte de la esgrima; cuál otro hay que tambien se rie de Séneca, de Confucio y de Descartes al juzgar de la profundidad de su talento filosófico: aquí un chiste de mal género; allí una broma pesada; mas allá una desvergüenza; en seguida un insulto; en todas direcciones escuchanse saludos, plácemes, bienvenidas; en todas partes bulla, alegría y algazara; pero tambien en todas partes, la murmuracion en boca de las mugeres, la supercheria y la impudencia constantemente pintadas en el rostro de los hombres!

Si por casualidad logra V. obtener un *potro* de esos que llaman sillan en el Prado, donde poder tomar un poquito de aliento mediante los ocho maravedis que paga V. por dejarse entre las astillas la mitad del faldon de la levita ó del frac, el diálogo mas ameno que llega á sus oídos, sostenido por los que tiene mas próximos, es este ú otro por el estilo:

- Adios, Emilia.
- Adios, marquesa, V. buena?
- Bien, gracias, y V.?
- Yo, así... así... estos malditos nervios!
- Asistió V. anoche al baile de la condesa?
- Sí, por cierto que estuvo brillantísimo.
- Delicioso! Segun me han dicho poleó V. mucho?
- Mucho! pero, Jesús, qué calor! y cuánta gente!
- Y Carlos, fué?

—Cómo había de faltar él que es tan... mírele V., allí viene. Hola, Carlitos!

- Adios, señoras. Ha descansado V., marquesa?
- Perfectamente, ¿y V.?

—Sabé V. que cuando se trata de polcar soy incansable.

—Pero ahora que recuerdo, ¿reparó V. anoche á la de Turia? ¡qué mal iba!... ¡Jesús qué traje, qué colorines y qué tocado!... ¡Qué!... si parecia un conejito de rifa!..

—¿Pues dónde me deja V. á la duquesa de la Estufa?

—¿Cuál? la recién casada, de quien dicen si mantiene relaciones amorosas con su primo el marqués de...

—Hombre, por Dios, hable V. mas bajo, no oigan.

—¿Y qué importa?... ¡Toma! ¡pues si eso todo el mundo lo sabe.

—Sin embargo!

—Con que adios, marquesa, que me espera Quintana en su carretela y tengo que hablarle de un asunto importante, hasta la noche: ¿supongo que irá V. á la partida?

—Sí, hasta la noche.

A las dos ó tres vueltas que ha dado V. al paseo, y en las que ha invertido otras tantas horas, masticando y saboreando el polvo que ha aspirado durante su residencia en tan *ameno verjel*, y lo que es mas todavía, con la cabeza hecha un bombo y el estómago como cañon de órgano, porque los elegantes no comen hasta las siete, y algunos ni á las *setenta*; toma V. el trote largo á las seis



de la tarde en direccion de su casa, llegando á ella pálido, desfallecido y tiritando de frío, sin haber conseguido otra cosa que agotar sus fuerzas, en vez de repararlas, y cansar el espíritu á fuerza de considerar la insensatez y trivialidad de la misera humanidad, y en particular la que en tan alto grado distingue á la inmensa mayoría de la gente de buen tono.

F. PEREZ DE MOLINA.

## EL ESTUDIO VIEJO DE SANTIAGO.

### EL OBISPO D. DIEGO DE MUROS.

La mayor parte de las universidades de España tienen su origen en el siglo XVI. Esta es la época de la controversia religiosa: el magisterio completa la obra del sacerdocio. Los estudios públicos se abren á espensas de los obispos, y las cátedras se multiplican desempeñadas por los capitulares de la metrópoli. La enseñanza oficial representa la unidad católica: el principio de la autoridad católica coloca en la travesía de la reforma las aulas de los gramáticos y de los escolásticos. Los seminarios de las catedrales se habian aminorado (apenas existían); el magisterio sacerdotal se replegaba en el púlpito y en el confesonario, alejando de sí la enseñanza académica; y á la propagación de los buenos estudios teológicos y canónicos que habia iniciado la iglesia goda, suceden las abstracciones de la filosofía árabe y las sutilezas de la escuela aristotélica. La diseminación de las ciencias elementales es necesaria para regularizar los estudios superiores. A la acción viciosa de los grandes focos de enseñanza debe suceder la acción simultánea de las escuelas locales. Entonces se establecen los *colegios* y los *estudios*, que equivalían á los *seminarios conciliares* é *institutos provinciales* de nuestros días.

El pensamiento fundamental de estas instituciones fué la enseñanza sacerdotal: posteriormente cedió sus aulas al estudio del derecho y de la medicina. En su origen no se aspiraba á la lección teológica ó canónica: solo se buscaban los rudimentos de las bellas letras. Los *colegios* eran *comunidades laicas* de jóvenes aspirantes á las eminencias de la Iglesia y del Estado: los *estudios* eran cátedras públicas de latinidad, á las cuales las donaciones de sus fundadores y la concurrencia de sus matriculados autorizaban la aprobación apostólica y la enseñanza superior. De esta manera lenta y tranquila se organizaron las universidades de la Península.

Un obispo destinaba algunos maravedises de plata á la fábrica de una escuela dentro del terreno perteneciente á su jurisdicción, ó se asociaba á una corporación ó particular para la realización de su pensamiento. Dentro de un plazo limitado, una dignidad respetable ó monje erudito se encargaba de la enseñanza. Hé aquí el *estudio* en su primitiva sencillez, sin la prescripción canónica de la corte de Roma y sin el renombre académico de los grandes asilos de la juventud estudiosa. La concurrencia se aumentaba; las donaciones se multiplicaban; al susurro del discípulo solitario y taciturno, especie de concurrente asalariado, seguía el tumulto voluntarioso de los estudiantes, secas sus fauces en la agitación de las controversias dialécticas: en-

tonces el *estudio*, en su vigoroso desarrollo, alcanzaba una bula para su archivo, edictos convocando á los maestros en los patios de las universidades de Salamanca y Valladolid, y elección escolar de catedráticos. El magisterio pasaba de las asignaturas elementales á los estudios secundarios y á las carreras superiores. A la gramática sucedían las sùmulas y los cánones. El derecho civil y la teología escolástica renacerían en los *colegios*. La medicina reaparecería mas tarde en las universidades pontificias.

Para las ciencias se establecen los *colegios*: para las letras se fundan los *estudios*. En Sevilla lo mismo que en Salamanca, en Madrid como en Santiago, tienen un mismo origen, pasan por idénticas transformaciones y alcanzan igual propósito. El *colegio* de Santa Maria de Jesús y de Fonseca, lo mismo que el *estudio* de Pedro de Vitoria en Santiago, ó del maestro Hoyos en Madrid, significan la necesidad de agrupar los elementos de resistencia pasiva que se deben emplear para limitar las conquistas incendiarias de la reforma. De los *estudios* á los *colegios* no hay mas que un paso: en algunas localidades se establecen á la par. El *colegio* es la *ordenación del estudio*.

Después de haber examinado los elementos que han concurrido á establecer la enseñanza académica en el siglo XVI, vamos á presentar á nuestros lectores la reseña biográfica del obispo D. Diego de Muros, y la historia sucinta del *Estudio Viejo* de Santiago, no solo como el testimonio irrecusable del remoto origen de la universidad de Galicia, sino tambien como la explicación autorizada de sus condiciones científicas y literarias.

La memoria del obispo D. Diego de Muros, cuyo retrato presentamos al frente de este artículo, se conserva únicamente en las fundaciones de los establecimientos literarios y filantrópicos. Como historiador y teólogo publicó los pormenores de la victoria decisiva de las armas españolas sobre los estandartes moriscos, y las doctrinas de la autoridad católica contra la reforma protestante.

D. Diego de Muros ha nacido á mediados del siglo XV. La escritura de fundación del *Estudio Viejo* de Santiago revela su patria al consignar como donación propia *todas las casas é lugares que... le quedaron de su padre é madre en la villa de Muros*. Al recibir la elevada investidura del episcopado aceptó como apellido el nombre del pueblo de su naturaleza. En 1499 era dean de la catedral compostelana, y capellan de los Reyes Católicos, de cuya corte vino á Santiago en el mismo año como primer administrador del grande hospital fundado por D. Fernando y Doña Isabel. En el poder dado á D. Diego de Muros para hacer su fábrica y comprar los solares y materiales de la obra, se encuentran las siguientes palabras: «E confiando de la fidelidad, diligencia é buena conciencia de vos D. Diego de Muros, dean de la dicha santa iglesia de Santiago, nuestro capellan, é que con toda diligencia é industria é fidelidad entendereis en lo que cerca desto por nos vos fuere mandado... damos poder é facultad para que rayades á la ciudad de Santiago é elijais é concertéis el sitio, lugar é suelo que vos pareciere mas cómodo é conveniente» (1).

En 1501, como dean de la catedral de Santiago, fundó con Don Diego de Muros, obispo de Canarias, y Lope Gomez de Marzoa, notario de número, el *Estudio Viejo*, incorporado en 1523 al colegio de Santiago Alfeo, establecido por el arzobispo Fonseca. En 1513 era obispo electo de Mondoñedo, segun se reconoce en la fundación del colegio de San Salvador de Oviedo en Salamanca. En 1518 era obispo de Oviedo, como se echa de ver por el siguiente facsimile:

(D. Diego de Muros.)

En el retrato de D. Diego de Muros, que ha pasado del colegio de San Gerónimo á la universidad, cuyo lienzo ha sido restaurado en el

(1) Este curioso documento fué publicado por primera vez en las *Monografías de Santiago*, apéndice X, páginas 208 y siguientes.

presente año, tambien se consigna su nombre como obispo de Oviedo.

D. Diego de Muros escribió la *Historia de la conquista de Granada*, y una obra titulada *Adversus Lutherum*.

La biografía de este prelado eminente existe en los donativos d



sus fundaciones. No busca la gloria personal; no satisface las propias aspiraciones; varon inteligente elabora para el porvenir; sacerdote prudente y reflexivo multiplica las aulas para rehabilitar los sobrios y profundos estudios de la Iglesia española. En la historia de Galicia no es una existencia ruidosa: en las letras sagradas y profanas no se presenta como una eminencia celebrada. Su merecido renombre permanece indeciso en la apreciación incompleta de la civilización española. Es uno de esos rayos tranquilos agrupados en el foco luminoso de la unidad religiosa.

Examinemos ahora la fundación del *Estudio Viejo* de Santiago, porque sus cláusulas revelan el estado de la enseñanza académica en el siglo XVI, y describe la primitiva escuela de esta ciudad, donde asistió, tal vez como estudiante, el inmortal D. Alonso III de Fonseca. En la cláusula I se establece la asignatura elemental de sus aulas: *la gramática explicada por un catedrático y repetidor*. En la cláusula II se determina el origen complejo del *Estudio*, como una obra realizada por el sacerdocio y la municipalidad, concediendo su administración á un *clérigo ó lego*, y en la III el derecho de visita á un *canónigo ó individuo del ayuntamiento deputado por el regimiento de la ciudad*. En la cláusula IV se consigna la elección de los catedráticos por votos de los estudiantes, después de fijar los edictos de convocatoria en las universidades de Salamanca y Valladolid. Los abusos cometidos con esta prerrogativa universitaria, á la cual faltaba algunas veces la independencia y el convencimiento, habían promovido algunas pragmáticas para contener los sobornos y comunicaciones de los opositores. Enrique IV en 1458, y los Reyes Católicos en 1494, 1495 y 1501, recomendaban á los rectores y consiliarios la libertad de los electores. Los fundadores del *Estudio Viejo* de Santiago, consecuentes con esta útil y provechosa amonestación, recomiendan *al mas suficiente por la mayor é mas sana parte de dichos votos*, prohibiendo á los catedráticos en la cláusula VI la retribución directa, por vía de propina ó salario. La cláusula V establece la duración y distribución del año escolar.

Este documento inédito explica las condiciones públicas del *Estudio Viejo*, y las consecuencias locales que debía alcanzar la fundación de esta escuela de gramática establecida *por servicio de Dios é bien é utilidad de la república é de los clérigos é estudiantes pobres de este arzobispado de Santiago é de todo el reino de Galicia*. Hasta la localidad del *Estudio Viejo* se designa en la dotación de D. Diego de Muros, obispo de Canarias, *de las casas... que fueron de su padre Busco Lopez de Burgos... que están en el canto de la Rua nueva, que son propias de su patrimonio, en que se ha de hacer é edificar el dicho Estudio*.

Nosotros publicamos en la ocasión presente la escritura de fundación del *Estudio Viejo* de Santiago, existente en el archivo de la universidad (mazo I, núm. 2, letra E), porque fija el origen de la enseñanza académica en Galicia, y descubre el estado de la civilización española á principios del siglo XVI. Hé aquí el mencionado documento:

«*In Dei nomine amen*. Las cosas que el muy reverendo señor Don Diego de Muros, obispo de Canaria, y el reverendo señor D. Diego de Muros, dean de la santa iglesia de Santiago y de la iglesia de Jaen, y el honrado Lope Gomez de Marzoa, notario de número é vecino de esta ciudad de Santiago, ordenaron é concertaron cerca del estudio que quieren instituir en esta dicha ciudad de Santiago, son las siguientes: Primeramente que todos tres juntamente movidos por servicio de Dios é bien é utilidad de la república é de los clérigos é estudiantes pobres de este arzobispado de Santiago é de todo el reino de Galicia, acuerdan de instituir é instituyen un estudio de gramática en que lea un catedrático con un repetidor todas las lecturas ó lecciones que segun de la renta que agora tiene é por tiempo tubiere, se podieren instituir.—Item quieren y ordeñan que al dicho catedrático é repetidor se les dé é hayan por su salario lo que con ellos se conviniere, ó por constituciones del dicho estudio se instituyere: otrosí quieren y ordeñan que en el dicho estudio haya una persona clérigo ó lego vecino de esta ciudad que tenga cargo de coger y administrar la hacienda é renta del dicho estudio, é pagar sus salarios al dicho leor é repetidor é á las otras personas que los hobieron de haber y reparar é mantener las cosas que á lo susodicho incumbieren, el cual haya de dar cuenta de todo ello el día de S. Miguel de setiembre, para siempre en cada un año é los visitadores que por tiempo fueren del dicho estudio, é haya de haber salario cinco mil maravedís cada año, allende lo que se gastare en coger y traer la dicha hacienda é renta y reparos de las casas y casares y heredades del dicho estudio, ó el mas salario que por tiempo fuere instituido por constituciones é ordenaciones del dicho estudio.—Item ordenaron é ordenan que haya en el dicho estudio dos visitadores en cada un año, conviene á saber, una persona de los señores del cabildo de la dicha santa iglesia, que sea dignidad ó canónigo deputado por el dean é cabildo de la dicha santa iglesia, é otra persona de los regidores desta ciudad de Santiago deputada por el

regimiento de ella. Los cuales hayan de ser deputados é señalados cada un año por el dicho cabildo é regimiento el día de Nuestra Señora de Agosto, cuando eligen los otros oficios en la dicha santa iglesia. Pero quieren que si en el dicho cabildo é regimiento se hallaren en cualquiera tiempo personas de linaje de cada uno de los dichos instituidores, que aquellos sean preferidos é señalados para la dicha visitación, los cuales hayan de haber por razon de la dicha visitación una comida é sendos ducados de oro. Acabada la dicha visitación en cada un año é que cerca de esto hayan de hacer juramento en forma cuando fueren elegidos, que rectamente harán su oficio sin haber respeto á pasión alguna. Con tanto que los dichos visitadores hayan de ser elegidos cada un año, é que el que fuere un año elegido no lo pueda ser otro inmediato siguiente. Los cuales visitadores tengan poder de presentar cualquier beneficio que sea de la presentación é bienes desta dicha institución de estudio. Pero quisieron los dichos instituidores que en sus vidas ellos ó los dos ó el uno de ellos que estuvieren en esta dicha ciudad de Santiago, hayan de administrar é administren como patrones el dicho estudio é hacienda é renta dél,



(D. Diego de Muros, obispo de Muros.)

con tanto que los dichos visitadores, que como dicho es han de ser elegidos, harán de comenzar á visitar y tomar la cuenta del dicho estudio é hacienda, así á ellos como á los otros administradores que por tiempo fueren, desde el año primero que viene, de 1502 años por el día de S. Miguel de setiembre del dicho año. Pero entiéndase que si los dichos patrones ó alguno de ellos diere cuenta á los dichos visitadores de los gastos que se obieren fecho en el dicho estudio y heredades, casas é casares del que se los hayan de recibir por bien gastados, pero que á los otros administradores que adelante fueren del dicho estudio, no se les admitan los gastos que no fueren justos é razonables é tales que se deban recibir, é si fueren gastos extraordinarios ó nuevos que no los fagan sin consulta é consejo de los dichos visitadores.—Item ordenaron que vacando la dicha cátedra ó repetición ó otra lectura que por tiempo obiere, hayan de ser puestos edictos en las escuelas de Salamanca é de Valladolid, dentro de quince días después de la vacación á costa del dicho estudio para que se vengan á oponer á ella todos los que quisieren dentro de treinta días después de la alicación de los dichos edictos, é que después de pasado el dicho término, ninguno sea admitido, salvo por necesidad, la cual se declare por el dean de la dicha santa iglesia que por tiempo fuere, ó por su vicario, é por el maestre escuela de la dicha santa iglesia, é por los visitadores, administrador é estudiantes del dicho estudio, los cuales opuestos hayan de leer sendas lecciones, presentes los dichos señores



dean ó su vicario, maestre escuela é visitadores, administrador ó estudiantes del dicho estudio, é sean admitidos por votos de los dichos estudiantes después de fechas las lecciones con juramento que hagan de la mayor suficiencia delante los dichos señores dean ó vicario ó maestre escuela, visitadores é administrador del dicho estudio, los cuales provean de la dicha cátedra ó lectura ó repetición al mas suficiente por la mayor é mas sana parte de los dichos votos.—Item que el catedrático sea obligado á leer todos los dias lectivos que no sean fiestas de guardar por la iglesia catedral, dos horas por la mañana des que comenzare á tañer la prima é otra hora después de las dos de medio dia, é el repetidor lea una hora á la mañana en acabando de leer el dicho catedrático, é dos horas á la tarde luego después de la segunda lección del catedrático.—Item que el dicho catedrático é repetidor no puedan llevar ni pedir por respeto de salario dinero ni otra cosa alguna de ninguno de los estudiantes que vinieren á oír sus lecciones ni á aprender al dicho estudio, ni puedan tener ni tengan vias esquisitas directé ni indirecté para les sosacar ni llevar cosa alguna por interés, salvo si algunos de su propia voluntad les quisieren dar é presentar algunas cosas de esculento é potulento.—Item que queriendo estar el catedrático que agora es é haciendo lo que debe, é queriéndolo tener los dichos instituidores é patronos que los dichos visitadores no le quiten la dicha cátedra, é que se le pague su salario. Para lo cual todos los dichos señores instituidores é patronos señalaron é dotaron é dieron la hacienda siguiente, conviene á saber: El dicho señor obispo las casas en que mora que fueron de su padre Basco Lopez de Burgos con sus bueltas é pertenencias, que están en el canto de la Rua nueva, que son propias de su patrimonio, en que se ha de hacer é edificar el dicho estudio.—Item todas las otras casas é hornos, fueros é derechos que tiene en esta ciudad de Santiago con el juro de presentar el patronazgo del beneficio con cura de Santa Cristina de Nemenzo é con todos los casares y heredades que fueron y le pertenecian é tiene en el arzobispado de Santiago y reino de Galicia, excepto cierto lugar que tiene en Noya, que reservó para sí.—Item el dicho señor dean dió é dotó para el dicho estudio todas las casas é lugares que él tiene é le quedaron de su padre é madre en la villa de Muros é los casares que tiene en la Foz de Muros.—Item, unas casas en que vive Inés de Bolaño en Cee, que después de sus dias de ella, es del dicho señor dean.—Item, el Pazo é Casares de Trasmonte, que fueron de su Aboloiro, lo cual, todo fecho á dinero, puede valer fasta diez mil maravedises de renta cada año, con obligacion que hizo y hace, que si faltare algo para cumplimiento de los diez mil maravedises que le cumplirá de renta cada año, é si por ventura el dicho señor dean obiere menester la dicha hacienda ó parte de ella para la redimir é dar á algunos parientes y criados, ó otra obra pia, que lo pueda tomar é cumpla los dichos diez mil maravedises de renta cada año, con el dicho estudio, en otra hacienda ó renta.—Item, el dicho Lope Gomez dió é dotó para el dicho estudio los veinte mil maravedises de juro é heredad perpétua que tiene de sus altezas en las rentas reales de Bayona. La cual dicha hacienda, juro é rentas, los dichos señores instituidores é patronos donaron é dotaron como dicho es, para el dicho estudio *ad perpetuam rei memoriam*, é lo concedieron é traspasaron todo en el dicho estudio con todos sus derechos é pertenencias, é dello otorgaron carta de donacion, cesion é traspasamiento en forma, con renunciacion de leyes ecclerá, delante los señores del cabildo de la dicha santa Iglesia de Santiago é regimiento de esta dicha ciudad.—Otro sí, por cuanto el dicho señor obispo al presente no reside en esta ciudad, dió poder cumplido á los dichos señores dean é Lope Gomez, *insolidum*, para que guardando la sustancia de la fundacion del dicho estudio puedan en su nombre hacer ordenanzas é constituciones, y todas las otras cosas complideras é necesarias al pro é utilidad del dicho estudio é cerca de ello otorgó poder cumplido.—Item, ordenaron que si á los dichos patronos é instituidores pareciese, ó á los dos de ellos, que para provecho del dicho estudio, conviene trocar ó cambiar ó vender la dicha hacienda ó parte della, para la emplear en otra renta que sea mas provechosa al dicho estudio, que lo puedan hacer, é para ello tengan poder é facultad, é que fué fecho é otorgado por los dichos señores obispo é dean é Lope Gomez de Marzoa, dentro del cabildo de la dicha santa Iglesia de Santiago á diez y siete dias del mes de Julio, año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo, de 1501 años, presentes los reverendos señores D. Juan de Melgarejo, chantre, Juan Calviño é Pedro de Almenara, Alonso Gonzalez é Pero Fernandez de Castroverde, é Bernal, dicho gascon, cardenales, é Pero de Ben, arcediano de Trastamara, Martin de Rianjo, arcediano de Reyna, Andres Martinez, arcediano de Neyra, Gonzalo de Jahen, Gomez Vallo, Julian de Mondragon, Gomez Mendez, Juan Fernandez de Párraga, maestro de Aspetia, Fernando de Acevedo, Juan de Leon, Juan Lopez, Fernando Dominguez é Francisco de Vaamonde, Pero Garcia de Pedrasa, Juan Micael, Gonzalo Perez, Moran Gil, Perez el Mozo, Alonso Fernandez, Pero Diaz Ternero, canónigos; testigos Juan Lopez é Fernando Miguez y Vaamonde é Gomez Mendez é otros.»

Después de la escritura de fundacion del *Estudio Viejo* como escuela de gramática, D. Diego de Muros, obispo de Canarias, y D. Diego de Muros, dean de la catedral de Santiago, alcanzan una bula de Julio II en la que se amplía la enseñanza académica con algunas cátedras de cánones. *Unum studium* (son palabras testuales de la autorizacion pontificia) *in quo clerici et scolares hujusmodi Gramaticae operam darent*. En el libro-beccero de la municipalidad de Santiago se encuentran los nombres de algunos *bachilleres* en decretos correspondientes á esta época, entre los que se deben contar Bernardino de Acebedo, Diego de Santo Domingo, y Gomez Rodriguez, que tal vez alcanzarian el magisterio del *Estudio Viejo* (1). El único catedrático de que hacen mencion los registros manuscritos de la universidad y colegio de Fonseca es el canónigo de la metrópoli compostelana y administrador de este establecimiento literario: el maestro en artes Pedro de Vitoria.

En 1525, antes de cuyo año *nulla studii universitas existerat* (2) en Santiago, fué incorporado el *Estudio Viejo* al colegio de Santiago Alfeo, fundado por el inmortal arzobispo de Toledo D. Alonso III de Fonseca. A la gramática, que representaba en 1501 una *facultad menor*, sucedieron las súmulas, los cánones y el derecho, que constituian en *universidad* el colegio de 1525.

La heráldica es la esplicacion de los monumentos históricos. Cada cuartel de un escudo representa una donacion ó justifica un entronque. Las armas de la universidad de Santiago declaran las diversas agregaciones que han constituido el *Estudio Menor* del siglo XVI en el *Estudio General* del siglo XVIII.

El inmortal Carlos III, al trasladar en 1769 la universidad de Santiago al colegio de los regulares de la compañía, concediéndole el título de *Real*, le prescribió un nuevo escudo en cuyos cuarteles está reasumida la historia del *Estudio Viejo* y del *Colegio de Fonseca*. El cáliz con la hostia describe la localidad del Estudio General: son las armas de Santiago. El castillo y leon revelan la concesion del patronazgo real. Las diez lanzas con un pino en medio pertenecen á las armas de los Marzoas. La cruz corresponde al obispo de Oviedo D. Diego de Muros. Las cinco estrellas que tambien decoran la fachada principal del colegio de Santiago Alfeo y el pórtico de los claustros de la catedral, son las armas de D. Alonso III de Fonseca.

La heráldica es la trasmision secular del origen y desarrollo de la enseñanza académica en Santiago. Se agruparon los cuarteles á semejanza de las fundaciones y patronazgos que han realizado la unidad universitaria en el reinado del magnánimo Carlos III.

Santiago, febrero 5, 1852.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## EL LAGO DE SAN MARTIN DE CASTAÑEDA.

He viajado por tierras tan desconocidas como las islas del mar Pacífico, y mas dignas de curiosidad, todo sin salir de España. Esclavo de mi conciencia, hubiera creído faltar á los deberes que allí me llevaban, si me hubiese detenido á tomar una nota ó bosquejar un monumento; hoy me lastimo, y aunque no me arrepiento, conozco hubiera sido tambien servir á mi patria. El que mas ha perdido soy yo, y esto me consuela. Solo me quedan recuerdos, y antes que una vida agitada acabe de borrarlos, quiero contar algo sobre el lago de San Martin de Castañeda.

El dia de S. Juan de 1847 salí de Doneé, pueblecito situado al pié de la sierra divisoria de los antiguos reinos de Leon y Galicia, despidiéndome de su hospitalario párroco, que es tambien el mejor cazador de la Sanabria, y aun de toda la provincia de Zamora. Mis compañeros de viaje eran, un antiguo oficial de caballería que habia hecho la guerra contra Cabrera, y un licenciado de ejército de la misma procedencia, tan valiente como tonto, segun mas adelante pude conocer. Servíame este de espolista, cocinero y ayuda de cámara, conduciendo en un rocín el arsenal heterogéneo, necesario en una comarca donde se hallan menos viveres y comodidad que en Sandwict ó Taíti. Después de atravesar una sierra estéril, bajamos al hondo valle, donde el pueblecito de Trefacio ostenta una linda iglesia en medio de arbolados. Parece una cañada del Asia Menor, arrojada en medio de aquella tierra salvaje. Continuamos aun bastante tiempo subiendo y bajando cerros, por unos caminos que pudieran llamarse canales en seco. En vano, apoyándome sobre los estribos, alargaba mi ya bastante larga persona; nada veia mas que las zarzas y espinos de ambos lados del camino. Su anchura correspondia á las demás cualidades, y un carro del país, que venia en direccion contraria, nos obligó á retroceder casi un cuarto de legua, para hallar un sitio donde, como si asaltáramos una barricada, pasamos por entre el carro y las zarzas, dejando en estas parte de la

(1) Véase libro de Consistorios.—N. 1. (27 de abril de 1506).

(2) Palabras de la bula de Clemente VII.



ropa, por trofeo del vencimiento. Lo di todo por bien empleado, porque a doblar la última loma se ofreció á mis ojos, de golpe, un espectáculo soberbio, y el mas adecuado á mis gustos. Inmóvil sobre mi caballo, en lo alto del cerro, veía á mi derecha el convento y pueblo de San Martín de Castañeda; un edificio magnífico, en medio de las mas ruinas cabañas; á la izquierda un bosque intacto desde el diluvio; al frente una sierra, un peñasco, mas bien gigantesco, sin un árbol, sin una mata; á mis pies el lago, tan claro y terso que la razon sola podia conocer que aquella masa, del azul mas puro, era liquido y no cristal. Aunque la mañana estaba avanzada, el sol, que asomaba por detrás de la montaña, en cuya ladera está el convento, no alcanzaba á este con sus rayos, y sumido en oscuridad relativa, parecia aun mas misterioso y poético; en cambio, lo verde del bosque, el azul del lago y los blanquecinos peñascos de la sierra, brillaban en todo su sencillo, al par que grandioso esplendor. Por un momento me creí á la orilla del mar de Cantabria, en una playa que nunca dejan de ver mis ojos; pero luego, la tranquilidad de aquellas aguas no alteradas por el flujo, la uniforme superficie que ninguna vela surcaba, me dijeron que si aquello era mar, era como un niño arrancado á los brazos de su madre; era un desterrado aprisionado por aquellos montes. La melancolía del cuadro despertó la mía, y me vi tambien en tierra extraña, solo, suspirando.

¿Hemos llorado ya?—Sí.—Pues ahora vamos á almorzar. Y apretando las espuelas llegamos al convento á la sazón que salía su antiguo prior, hoy párroco del pueblo. No sé qué especie de masonería existe para los que han nacido entre montañas, que al momento se entienden si en ellas se encuentran. Son una especie de madre comun que conoce á todos sus hijos, y en el modo de gozar estos de su regazo se reconocen tambien por hermanos. A muy pocas palabras que con el prior cambié, se nos franqueó la celda prioral y las provisiones de un fraile Bernardo; no digo mas en su elogio. Satisfecha la hambre del viajero, el montañés volvió á sus instintos; y como durante el almuerzo se habló de una fuente muy rara, situada al otro lado del lago, en frente del convento, me propuse verla. Pregunté por el camino y me contestaron que no le sabían, por la concluyente razon de que nadie habia intentado ir á la tal fuente, siguiendo sencillamente la orilla como yo pensaba. Esto era ponerme alas, no que espuelas para intentarlo.—¿Qué clase de obstáculos existen?—Vadear el Tera por los cañales (me contestaron), cosa que algunos hacen, y seguir después la orilla del lago, hasta encontrar la fuente, cosa que nadie ha hecho.—Pues debe ser lo mas fácil.—Así parece desde aquí, me dijo el prior abriendo un balcón, desde el que todo el lago y sus márgenes se divisaban; pero aquellos montones de rocas que forman la orilla, le parece á V. fácil trepar por ellas, y ni posible es; aun es mas temerario intentar cruzar por los matorrales que de entre ellas nacen, y suben por toda la pendiente hasta formar el bosque impenetrable; en cuanto á lobos y culebras, que tampoco faltan, es lo de menos.—Tiene V. razon, contesté, y fuera mas prudente dormir la siesta en la poltrona prioral; pero he perseguido á las gamuzas en los picos de Sejos, y á los jabalíes en los montes de Palomera, con todos los obstáculos que V. me pinta, y uno además, algo mas serio: la nieve. Así que... hasta la vuelta.—Pero al menos irán con V.—Nadie; y cogiendo mi escopeta, después de ceñirme el cinto con canana y cuchillo de monte, me precipité á correr por la pendiente del cerro, y en pocos minutos llegué al lago. Volviendo sobre la izquierda seguí la orilla. Prados, rocas aisladas en ellos, y espesos setos de avellanos, me deleitaban sin estorbar mis pasos. Mi querida Numancia levantó algunas aves, y disparé varias veces sin matar una, lo confieso. Nada me falta para cazador sino la suerte y las mentiras. Así llegué al desagadero del lago. Las aguas que de él rebosan están contenidas entre fuertes paredes de sillería, ya medio destruidas, que las conducen á las nasas ó cañales, donde dejan la pesca para precipitarse después en ruidosas cascadas, formando el rio Tera. Este era el primer obstáculo profetizado por el buen prior. En efecto, se necesitaba vista certera para seguir la estrecha cima de la pared, y músculos de volatin para salvar los boquetes abiertos por las aguas. Sobre todo era preciso no pensar en que, al mas leve desliz, la bramadora corriente se apoderaba de su presa, de la que darian buena cuenta los peñascos de las cascadas. Di de mano por lo tanto á mis cavilaciones, y puse todos los sentidos á disposicion de los pies, descalzándome, no por si me mojaba, que en este caso la cabeza seria la primera, sino para convertirme en una especie de cuadrúmano, que todo era necesario entre los resbaladizos y vacilantes sillares. De este modo fui pasando, hasta que al llegar á la anunciada orilla, que tanta gloria me prometia, como primer ser humano que la pisara, me interrumpió el paso un boquete mucho mas ancho que los anteriores, por el que se precipitaba tal masa de agua, y con tal fuerza, que yo la hubiera dado por mejor empleada en una rueda hidráulica. Ya no me admiré que nadie hubiera pasado de allí. Nada me impedía considerarme en la catarata del Nigara, á poco que escitase la imaginación, pues un enorme sillar atravesado en medio, y apenas cubierto por la

corriente, podia pasar por la isleta consabida. Ya que pensaba en América, me acordé tambien del salto de Alvarado, y me propuse imitarle. Volví bastante atrás, donde habia visto un varal, olvidado probablemente por algun pescador; el varal debía ser para mí, lo que la lanza para el compañero querido de Hernán Cortés. Alvarado nació (y yo tambien) cerca de Pas, y el modo con que los pasiegos se sirven de sus enormes palos, debió sugerirle el medio de saltar; cogí en mis brazos á Numancia, y sin piedad la arrojé al otro lado; fijé sobre el sillar la punta del palo, me lancé al espacio, y fui á caer en la suspirada orilla.

Nada tenia esta de particular al pronto, pero después... después de gastar dos horas largas en la mas fatigosa y arriesgada expedicion que jamás emprendí, me volví cuando precisamente llegaba á pocos pasos de la maldita fuente. Tuve el trabajo y no la gloria. Así me sucede en todas mis empresas. Un tomo no bastaria para describir lo que sufrí, y aun hoy se me eriza el cabello al recordar cuando, dejándome desliz por una roca, creyendo alcanzar otra con los pies, me faltó media vara, cuando ya mis brazos agarrotados no podían sostener el peso del cuerpo, ni volver atrás. A mas de veinte pies me esperaba en la caída, no el lago, que eso fuera lo menos temible, sino una cama de peñas aguzadas en las formas mas caprichosas. Con una resolucion desesperada me dejé caer á plomo sobre la punta de la roca inferior, no mas ancha que la palma de la mano, y logré sin mantener el equilibrio, hacer nuevo empuje para lanzarme á otra situada al costado, y muy pendiente, á la que me aferré como pude, destrozando las uñas para salvar lo demás. No se pueden describir cosas semejantes.

Volví al convento cabizbajo y mohino, y gracias á la suntuosa comida preparada en mi ausencia, no me quedé de mi empresa sino la satisfaccion de haberla intentado, y... algun escozor en las desolladuras. Debí, no obstante, conocer el bendito prior que la fuente me ocupaba todavia, y con aquella sorna que los hombres de experiencia gastan con los entusiastas, empezó á decir en voz melosa, que él «habia ido á la fuente con mas comodidad que en la carretela de mejores muelles, con un movimiento sosegado y blando, como el de... una lancha».—¿Una lancha! Hablarais, santo varon, para mañana. ¿Una lancha? ¿Dónde está? ¿A quién hay que pediría?—Ea, ya volvemos á las andadas; cachaza, cachaza, y todo se arreglará.

En efecto, á poco tiempo salí, pero no solo. Las libaciones de la comida, unidas á la sencilla relacion de mis peligros arrostrados por la mañana, despertaron la valentía y curiosidad de mi compañero el oficial de caballería, y de un hermano de nuestro anfitrión. Contad atrevimientos en una mesa, y todos serán héroes con el vaso en la mano. Tomamos la direccion del pueblo de Rivalago, por un sendero que costea la orilla del lago, en direccion contraria á la que yo llevé por la montaña. Al principio fuimos á caballo, después á pié, y después, como dice el *Corsario Rojo* de Fenimore Cooper, «navegando de popa». Hay un trecho efectivamente en el tal sendero, donde el piso está formado por un peñasco inmenso y liso, que se inclina sobre el lago en rápida pendiente. Allí es preciso sentarse, y dejarse desliz buscando con los pies unos pequeños huecos cavados á pico en la roca. Mi valiente ex-oficial abría tanto ojo al ver el lago á sus pies, que á tiro de ballesta se conocia el deseo de volverse, si la negra honrilla lo permitiera. Al cabo se decidió á tomar un término medio; no abandonó la empresa, pero apartando la vista del terrible lago, «dió la popa al viento», y á tientas buscaba con los pies los puntos de apoyo, que desgraciadamente no encontraba. Fué preciso que el hermano del prior se encargase de cogerle alternativamente las piernas y colocarlas en el punto debido. Alguna vez queria ó era preciso hacerlas bajar mas de lo que permitia su longitud, y se entablaba una lucha bastante original, que solia concluir por un tirón brusco, y mi compañero quedaba estendido sobre la roca, á la que amorosamente abrazaba con toda su alma. En uno de los descansos que hubimos de hacer, nos contó nuestro guia, que al bajar por allí un alegre comerciante de Valladolid, calculó (los comerciantes todo lo calculan) un diálogo que debia entablarse el día del juicio, y lo calculó bajo la siguiente fórmula:

*Dios á un hombre.*—¿De dónde eres?

*El hombre.*—Señor, soy de Rivalago.

*Dios al Hijo.*—¿Sabes dónde está ese pueblo?

*El Hijo.*—No.

*Dios al Espíritu Santo.*—¿Y tú?

*El Espíritu Santo.*—No.

*Dios.*—Pues yo tampoco.

*Past nubila Febus.* Vivos y sanos llegamos á una hermosa pradera, donde atada á unos sauces, se balanceaba nuestra nave. Tenia todas las condiciones apetecibles para un vuelco: redonda de quilla, y con dos palas de horno por remos. Pareciéndome que tardaban los remeros que nuestros compañeros fueron á buscar, propuse al oficial, único que conmigo habia quedado, embarcarnos por nuestra cuenta y riesgo.—No sé nadar.—No hace falta sino remar.—¿Qué se yo! me replicó tan melancólicamente, que me convenció de... que debia ha-



cerlo por mi solo. Traté de tronchar la rama de sauce, ya que no podía forzar el candado de la cadena que sujetaba la lancha. Afortunadamente no lo conseguí, librando á mi compañero de representar el papel de Ariadne. Estando en la porfía con la maldita rama, que cedía sin romperse, llegaron nuestros melencoliosos remeros, sin montera, en mangas de camisa, y con una cara tan rubicunda y animada, que aunque era el día del santo del pueblo, no cabía duda en que habían dejado su culto por el del hijo de Semele. Ya no era cosa de reparar en pequeñeces, y nos lanzamos al Ponto, aunque precisamente entonces empecé yo á temer, porque si siempre me ha parecido bien atreverme á lo que otro hombre se atreve, un borracho no es un hombre. Previne á los remeros que se dirigieran á una isleta situada á la parte superior del lago; pero tantas islas, penínsulas, y aun nuevos mundos, tenían en su cabeza, que tan pronto íbamos á un lado como á otro. La Providencia debió ser la que á la isla nos condujo. Esta es muy pequeña; solo tiene algunos arbustos, y las ruinas de una casita edificada por los condes de Benavente, antiguos dueños del lago. Si no temiera estenderme demasiado, contaría también la historia de la

ruina y abandono de la casita; pero una noche tempestuosa, un lago cuyas aguas crecen y todo lo tragan menos una débil barquilla, y en ella una condesa en *deshabillé*, y un paje poco mas ó menos que en sus brazos la salvó, ó la perdió, sobre lo que hay opiniones, son cosas mas interesantes vistas que escritas.

Desde la isla nos dirigimos á la fuente, y cuando las cabezas de nuestros remeros, ya mas frescas, iban disipando mis temores, una nueva circunstancia los reprodujo con mas fuerza. Me tengo por buen nadador, y mirando las cosas por el último lado que siempre las miro, por el del egoísmo, me dije á mí mismo que en un fracaso podría llegar nadando á la orilla. Pensaba esto, cuando un ladrido me hizo volver la cabeza. Numancia se había quedado en la isla. Hice volver la lancha, y cuando faltaba poco para llegar, la perra se echó al lago nadando hácia nosotros: medio minuto tardaría en emparejar con la lancha; quiso subir y no pudo; al cogerla por el pescuezo conocí la causa, sintiendo en mi mano el agua mas fria que jamás he palpado, y que es seguro no sufrirá un ser humano. Alguno se reirá de la importancia que doy á una perra, menos el cazador; era además



(Lago de San Martín de Castañeda.)

la perra del viajero, y hemos pasado muchos trabajos juntos. La arrojé con mi capa y una manta de contrabandista, y aun así me vi á punto de perderla. Otra circunstancia rara tiene también el lago. Sus aguas son tan diáfanas, que inclinándonos sobre el borde de la lancha, veíamos en muchas partes el fondo, pero á tal profundidad, que se desvanecía la cabeza como en la mas alta torre. Todos eran incidentes que aumentaban el miedo; hasta se levantó un vientecillo fresco, suficiente para que al cortar las olas vivas y someras, nos salpicasen muy bien con su espuma. Para animar á mi compañero, pálido como un difunto, recité para mis adentros aquello de Ercilla:

«El miedo es natural en el prudente,  
el saberlo vencer es ser valiente.»

Y en seguida empecé á cantar con un tono que desmentía mi marcialidad, la hermosa canción de la *Conjuración de Venecia*:

«En hora fatal Leandro  
pasaba una noche el mar.»

Un fuerte olor, como de huevos podridos, me dijo antes de llegar á la orilla, que la buscada fuente era de las sulfurosas. ¡Oh poder de una imaginación joven! me creí descubridor de un tesoro, y veía la

humanidad podrida levantándose estatuas; veía un gran edificio apoyándose en la tierra, y tocando en el lago para gozar de los dos; veía mil barcas cruzando las tranquilas aguas en todas direcciones; cazadores persiguiendo los innumerables ciervos de aquellos montes; anticuarios desentrañando las oscuras bóvedas del convento; hermosas mugeres... en todas partes. La poesía, la pintura y la música, presentándose bajo nuevas y halagüeñas formas: todos los placeres, todas las curiosidades que hacen á miles de españoles derramar oro en los Alpes, los Pirineos, y á las orillas del Rhin, los veía reunidos en un solo punto. La carretera de Madrid á Vigo debe pasar cerca del lago. Nada falta: querer solo.

No sé hasta dónde hubiera llevado mis planes, que aun hoy podrán ser realizables, si como creo se puede salvar el único inconveniente que hallé al examinar despacio la fuente. El manantial que vi es tan escaso, que no pasará de una pulgada cúbica. En cambio tiene una agradable temperatura, como de agua tibia, y está sumamente cargado del principio sulfúrico. En dos segundos tiñe de negro una moneda de plata, y en la roca donde brota, á la altura de dos ó tres varas sobre el nivel del lago, deja un abundante sedimento blanco.



parecido en su forma al hollín. Esta fuerte saturación pareceme que anuncia un gran depósito, que debe tener más desagüaderos á la intermediación, ó bajo el nivel de las aguas del lago. Por lo menos vale la pena de investigarlo, y por mi parte no puedo hacer más que indicar. Si mi sueño se realizara, solo desearía que alguna hermosa niña, sola y reclinada bajo las ramas de un avellano, leyese estas líneas á la orilla del lago, concediéndome un suspiro. Podría hacerlo sin escrúpulo porque soy desgraciado, y solo me ha quedado una pluma para desahogar mi corazón.

Volvimos á cruzar el lago por todo su ancho, y desembarcamos al pie del convento. Al ver el porrazo que el ex-oficial se dió por saltar mas pronto á tierra, sin contar con el balance del bote, se me figuró ver á César en circunstancia parecida, diciendo á la tierra de Africa: «no te me irás; te tengo entre mis brazos.» Ni volveré mas al agua, debió añadir mi hombre en sus adentros, á juzgar por la mirada significativa que volvió al lago, al bote, y al cielo, por fin, en acción de gracias sin duda. ¡Con qué placer gozamos después de la cena, de la conversacion del buen prior y de su tranquilo sueño! ¡Con qué sentimiento nos despedimos al día siguiente!

He sido un fiel narrador de lo que vi por mis ojos y toqué con mis manos. El plano del lago que ofrezco á mis lectores como objeto mas curioso y antiguo que exacto, se debe á la bondad del prior Don F. C. (permítame poner sus iniciales en prueba de agradecimiento). Debí ser diseñado por algun religioso del convento, donde existía desde tiempo inmemorial. La escuela flamenca y el daguerreotipo nos tienen cansados de paisajes admirables y exactos; vaya pues uno raro. Si lo bautizara con el nombre de uno de aquellos grabadores alemanes de la edad media, se admiraría; no sé por qué se ha de tener en menos la obra de un fraile español reproducida por el señor N.

Para concluir, y en obsequio de los hombres metódicos que se fijan en lo positivo, diré que el lago de San Martín de Castañeda está entre las sierras que dividen las provincias de Orense, Lugo y Zamora; en territorio de la última, y tres leguas al N. E. de la Puebla de Sanabria. Tiene media legua de largo y un cuarto de ancho, poco mas ó menos. Admitiría navíos de tres puentes, hasta atravesar á las orillas; tal es su profundidad. Fué propiedad de los condes de Benavente, que le cambiaron al convento por los pastos de la sierra inmediata. En la era de libertad y ventura se vendió por mil duros, en papel, por supuesto. El convento también se ha vendido en poco mas, ó acaso menos, de lo que costaría el hierro de sus balcones. A nadie inculpo; me lamento solo. Ahí teneis lo positivo, dejadme lo ideal.

EL HJODALGO.

### SUEÑO.

Era la noche: tras inquieto día mis párpados cansados se cerraban, y solo la agitada fantasía y el lacerado corazón velaban. Y prosiguiendo con afán incierto ese largo soñar que llaman vida, me acosaban los sueños que despierto en la ardorosa mente fermentaron; sueños que al recobrar la indefinida forma que los sentidos le prestaron, luz y contornos y color tomaron.

Y soñé que veía un obelisco, coloso de gigantes proporciones, y en torno como mar alborotado agitarse del mundo las naciones.

Y vi que iban trepando por la anchurosa base, y que subían unos tras otros, y los mas rodando con la turba otra vez se confundían. Y al advertir el insensato anhelo con que intentaban alcanzar la altura, juzgué que de su orgullo en la locura imaginaban escalar el cielo.

Confuso me dejó lo que veía, de la turba asustome el clamoreo; pero asaltó de pronto el alma mía imperioso deseo que hasta allí á mi pesar me conducía.

Llegué hasta el pie del obelisco inmenso; su cima de la gloria era morada: difícil, trabajado era el ascenso; fácil, ignominiosa la bajada. Mas de un camino se ofreció á mis ojos de alta pendiente y áspera subida, y al caminar por ellos sobre abrojos gastábanse las fuerzas y la vida.

Sobre uno cual torrente desbordado lanzábanse los reyes, las naciones, y á su paso le hallaban ya regado con la sangre de cien generaciones. Por este el héroe fué de Macedonia que el Asia entera subyugó en Arbela: por este César y Pompeyo fueron: en este Annibal y Scipion lucharon: esta senda de sangre recorrieron cuantos renombre bélico alcanzaron. Otro, de algunos nada mas seguido que en él á lentos pasos avanzaban, era el útil camino que llevaban «los pocos sabios que en el mundo han sido». Sócrates y Platon, Newton, Keplero, mostrando los arcanos de la ciencia, hacía la luz de la verdad guiaban el vuelo de la humana inteligencia.

Ya por este camino, ávido de saber, luz para el alma iba pidiendo al resplandor divino con que allí el sol de la verdad brillaba, cuando vieron mis ojos otra senda mas bella, donde el sacro laurel sombra brindaba donde brotaban flores los abrojos y donde cada luz era una estrella. Allí la lira del antiguo Homero celebra de la Grecia el alta gloria, mientras Virgilio del troyano fiero renueva la memoria.

Tibulo allí delira enamorado, Anacreon placer y amores canta, Safo suspira, Pindaro inspirado su acento audaz levanta. Milton, Dante, Petrarca, Ariosto, Taso mezclan su voz, ya amante, ya severa, al dulce lamentar de Garcilaso y á la valiente inspiración de Herrera.

Al escuchar sus versos numerosos inflamarse sentí la mente mia con entusiasmo ardiente, y á ellos guíe mis pasos presurosos, que seguirlos de lejos pretendía.

—¡Necia locura del orgullo humano: cuanto menos capaz mas atrevido!— Al pulsar el laúd con loco empeño las cuerdas vi saltar bajo mi mano, modulando un gemido... y desperté al instante de mi sueño.

JOSÉ M. DE LARREA.

### JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.  
Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.